

NICARAGUA Y ESTADOS UNIDOS: ELECCIONES COMPARADAS

JUAN BOSCH

[Política: Teoría y Acción, Año 5, No. 56, noviembre de 1984]

El 12 de noviembre (1984), en una reunión de la OEA que se llevaba a cabo en Brasilia, la capital de Brasil, decía George Shultz, secretario de Estado norteamericano, que en el año 1979 ese cuerpo había pedido “formalmente la celebración de elecciones en Nicaragua tan pronto como fuera posible”, y añadía: “Todavía estamos esperando”, tres palabras con las cuales pretendía mantener, y refrescar, la posición de autoridad superior y juez supremo en materia de actuaciones políticas de los países del Caribe que ha asumido el gobierno de Ronald Reagan, según la cual lo que iba a celebrarse –y acabó celebrándose– en Nicaragua el día 4 de noviembre no serían elecciones sino una farsa.

En el mes de julio de ese año al que se refería el secretario Shultz entraron vencedores en la capital de Nicaragua las fuerzas revolucionarias del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y lo hacían tras la fuga de Anastasio Somoza Debayle (Tachito), el último miembro de una familia que a través de tres de sus miembros –el padre y dos hijos– y de varios asociados suyos mantuvo una dictadura que duró en el mando del país cuarenta y dos años corridos, tiempo suficiente para que la OEA se preocupara por lo que estaba pasando en la patria de Rubén Darío y Augusto César Sandino, pero la OEA no dio señales de que le importara en lo más mínimo lo que pasaba en Nicaragua; es más, a la hora de formar las mal llamadas Fuerzas Interamericanas de Paz que debían ocupar militarmente el territorio de la República Dominicana, la OEA injertó en ellas una cantidad importante de militares nicaragüenses, señal de que consideraba muy democrática a la dictadura somocista, puesto que confiaba en ella para la tarea de preservar la paz en nuestro país.

Debemos aclarar, sin embargo, que no fue la OEA la que se refirió en la reunión de Brasilia a las elecciones nicaragüenses; fue el secretario de Estado George Shultz, quien, al decir lo que dijo, estaba repitiendo un estribillo de su gobierno. En los casi cuatro años que han pasado desde que el señor Reagan asumió la presidencia de Estados Unidos, él mismo y sus colaboradores en el manejo de la política exterior de su país han dicho muchas veces lo que dijo George Shultz en la capital brasileña, pero es curioso que nada parecido a eso fue dicho por ninguno de los ocho gobiernos estadounidenses que mantuvieron excelentes relaciones con la familia Somoza desde que el primer Anastasio (Tacho) estableció la dictadura en 1932, hasta que el último de sus miembros (Tachito) escapó de Nicaragua en julio de 1979. Para todos los que gobernaron en Estados

Unidos a lo largo de esos cuarenta y dos años, lo que había en Nicaragua era un régimen democrático que celebraba elecciones legítimas, es decir, “libres”, como les gusta al Presidente Reagan y a su secretario de Estado calificar a las que tienen lugar cada cuatro años en Uruguay, en Chile, en Paraguay y en Haití.

Las elecciones nicaragüenses

Las elecciones nicaragüenses fueron celebradas el 4 de noviembre de 1984 en medio de un estado de guerra impuesto por el gobierno de Estados Unidos, que ha montado en territorio de Honduras, país vecino de Nicaragua en su frontera norte, todo un aparato militar formado por miles de soldados de los que servían en la Guardia Nacional de los Somoza y, al mismo tiempo, de ayuda económica y en armas a las fuerzas que operan sobre Nicaragua desde bases costarricenses que se hallan en la frontera sur, mientras en el mar Caribe y en el océano Pacífico lugares costeros son atacados por unidades navales norteamericanas que cañonean depósitos de petróleo y colocan minas submarinas en los puertos; y como si todo eso fuera poco, abundan los vuelos de aviones, alguno que otro de líneas aéreas propiedad de la CIA pero también unidades de la Aviación Militar norteamericana que cumplen misiones de espionaje y a la vez de aterrizamiento de la población como lo hacen las máquinas voladoras supersónicas que producen explosiones de sobrecogedora intensidad cuando rompen la barrera del sonido, algo así como el estallido espantoso de un volcán que surge inesperadamente del centro de la Tierra.

En esa situación de país atacado por tierra, mar y aire seguramente ningún gobierno, ni siquiera el de Estados Unidos, hubiera celebrado elecciones; pero el de Nicaragua lo hizo; Nicaragua las llevó a cabo y en ellas tomaron parte en condición de electores 1 millón 170 mil 162 hombres y mujeres que representaban el 75.42 por ciento del total de ciudadanos que se habían inscrito para votar, una proporción que está muy por encima de la que se dan en países latinoamericanos calificados por el gobierno de Estados Unidos como democráticos, por ejemplo, el Salvador, Honduras, Guatemala.

Ese millón 170 mil 162 electores eligieron al Presidente y al Vicepresidente de la República y a 96 diputados a la Asamblea Nacional, que de acuerdo con la tradición de los países centroamericanos sustituye, en condición de Cámara única, a las de Diputados y Senadores que en otros lugares de América Latina (como

sucede en la República Dominicana) imitan el modelo norteamericano de Congreso, formado en Estados Unidos por la Cámara de Representantes y el Senado.

El secretario de Estado George Shultz dijo en Brasilia que “Todavía estamos esperando” la celebración de elecciones en Nicaragua, palabras con las cuales afirmaba que las que tuvieron lugar ocho días antes no fueron elecciones sino una simulación; pero como el señor Shultz ignora la historia de Nicaragua no sabe que en ese país hubo un presidente llamado William Walker, aventurero yanqui de la peor ralea, que se convirtió en jefe del Estado nicaragüense mediante elecciones celebradas únicamente en las ciudades de Granada y Rivas, que estaban bajo el control de mercenarios norteamericanos llevados a Nicaragua por Walker. Ese pirata fue reconocido por el gobierno de Estados Unidos, que mantuvo relaciones diplomáticas con su gobierno, y para sacarlo de Nicaragua se unieron todos los países de Centroamérica en una guerra costosa en vidas de nicaragüenses, costarricenses, salvadoreños, hondureños y guatemaltecos.

En las elecciones del 4 de noviembre el Frente Sandinista de Liberación Nacional ganó la Presidencia y la Vicepresidencia de la República y 61 asientos de la Asamblea Nacional, y los ganó con el 66.97 por ciento de los votos, y el resto quedó distribuido en 6 partidos, entre ellos el Conservador Demócrata, que conquistó 14 puestos de la Asamblea Nacional con más de 150 mil votos; el Liberal Independiente, que obtuvo 9 escaños con más de 106 mil votos, y el Popular Social Cristiano que ganó 6 asientos con más de 62 mil votos. Los demás fueron partidos pequeños que apenas sacaron cada uno un diputado pero tendrán mayor representación en la Asamblea Nacional porque la Ley Electoral nicaragüense le atribuye un cargo de miembro de la Asamblea a cada uno de los candidatos presidenciales que no son elegidos, de manera que cada uno de los partidos pequeños contará con dos asientos o escaños en el cuerpo legislador. Esos partidos son tres: el Comunista, el Movimiento de Acción Popular y el Socialista.

Y las de Estados Unidos

Todo lo que se refiere a las elecciones de Nicaragua se conoce en forma pormenorizada, pero hasta el momento en que se escribe este artículo –14 de noviembre, esto es, ocho días después de haberse celebrado las de Estados

Unidos— lo único que se sabe de éstas es que las ganó Ronald Reagan, pero no precisamente su partido, el Republicano, que perdió el control de la Cámara de Representantes. Reagan obtuvo el 59 por ciento de los votos, una proporción más baja que el candidato presidencial de Nicaragua, el comandante Daniel Ortega, a quien escogió el 66.97 por ciento de los votantes de su país; pero en Nicaragua se sabe cuántos ciudadanos votaron, dato muy importante que se mantiene oculto en las elecciones estadounidenses.

¿Por qué no se ofrece ese dato? Sabemos que en 1960 sólo votó el 62.8 por ciento de los norteamericanos que tenían derecho al voto; que en 1964 lo hizo el 61.9 por ciento; que en el 1968 fue el 60.6 por ciento; en 1972, el 55.5 por ciento; en 1976, el 54.3 por ciento; en 1980, el 53.9 por ciento; y si se mantienen las estadísticas electorales de este año que han sido publicadas hasta ahora, en 1984 ha votado el 53.2 por ciento. Ahora bien, lo realmente importante de esos datos es que elección tras elección, en las últimas siete el electorado norteamericano ha venido disminuyendo de manera persistente en su condición de votante, y en consecuencia en cada elección aumenta el tanto por ciento de los que no votan. En el 1960 esa proporción fue de 37.2 por ciento y en la de este año ha sido de 46.8 por ciento.

¿Qué quiere decir ese avance negativo del proceso electoral de Estados Unidos? Sólo una cosa: que de manera gradual pero segura, el pueblo norteamericano está perdiendo la fe en el sistema político de su país, y si esa apreciación parece ligera debemos admitir que, por lo menos, elección tras elección aumenta el número de norteamericanos que no tienen interés en votar.

¿Por qué no lo tienen? La respuesta no es fácil. En primer lugar, debe tomarse en cuenta que en Estados Unidos hay una cantidad muy grande de delincuentes, entre los cuales están los drogadictos, a quienes seguramente no les dice nada la celebración de unas elecciones; en segundo lugar, en los últimos veinte años ha llegado al país una migración no autorizada de millones de hombres y mujeres entre los cuales debe haber una mayoría que no se siente atraída por la vida política de una sociedad a la cual ellos, en realidad, no reconocen como suya. Por otro lado, los partidos políticos, al menos los tradicionales, el Republicano y el Demócrata, son entidades muy vagas, cuyo poder de atracción sólo lo sienten las personas que se proponen alcanzar posiciones públicas, sean locales o federales, y las personas que tienen una posición económica holgada y por esa razón

conviven, a nivel de actividades sociales, con los personajes de la política, lo mismo si se trata del alcalde (síndico) de su ciudad que si se trata de un representante o un senador federal, de un gobernador de Estado o de altos funcionarios del gobierno.

De todos modos, para una gran parte de la población norteamericana, el partido político no tiene ningún atractivo porque no es una organización a la cual pueda recurrir alguien cuando se halla en apuros, y, además, en Estados Unidos el partido no tiene definición ideológica. Se es demócrata como se es republicano por razones que no tienen nada que ver con determinadas ideas políticas. Es más, en ese país no se vota ni por un partido ni por un programa; se vota por un hombre. Si entre dos candidatos, uno republicano y el otro demócrata, uno de ellos es más atractivo, tiene eso que ahora llaman carisma, se vota por él, no por razones partidistas.

Eso es lo que explica que en los últimos cien años los demócratas hayan ganado 12 elecciones, lo que equivale a 48 años de gobierno para ese partido, y los republicanos hayan ganado 14, lo que supone 56 años de gobierno porque entre los 14 ganadores están los próximos 4 años de la segunda administración de Ronald Reagan, que empezarán en enero de 1985 y durarán hasta enero de 1989.

Una comparación de las elecciones de Nicaragua y de Estados Unidos, celebradas con una diferencia de dos días, nos enseña muchos aspectos de la sociedad norteamericana que se reflejan en la vida política, y francamente, no son mejores que los que pueden verse en las de Nicaragua. Al contrario, son peores.